

SOBRE LA AGRESIÓN

El pretendido mal



KONRAD LORENZ

Ganador del premio Nobel

El naturalista habla de su especialidad, y Konrad Lorenz habla del instinto. No de los instintos en general y no solamente de los instintos de los animales, sino de un instinto que tienen en común los animales y el hombre, de un instinto que hoy con buen motivo (o mejor dicho con malo) interesa a todos: el *instinto de la agresión*. ¿Por qué y para qué luchan entre sí los animales de la misma especie, y por qué hacen otro tanto los hombres? ¿Hay efectivamente un oscuro impulso de autoaniquilamiento que, como suponía Freud con su doctrina del instinto de muerte, obra en contra de todos los instintos conservadores de la vida? ¿Cuáles son las causas conducentes a la agresión humana que estamos viviendo y que amenaza a la humanidad con la ruina? ¿Puede el conocimiento de estas causas darnos poder para dirigir su acción? A estas cuestiones puede la ciencia, que en definitiva no es sino la sana razón humana, darnos respuestas razonables. Para ello nos lleva el investigador por los mismos caminos que él recorrió. Con una penetración que sólo puede dar la propia observación personal, nos expone los furiosos combates territoriales de los peces de vivos colores que habitan los arrecifes de coral; la interesante vida conyugal y social del nicticórax, que no conoce individualmente a ninguno de sus congéneres, y aun menos tiene con ellos lazos de amistad personal, el temible «clan» de las ratas, que para los miembros de su propia familia es de una gran abnegación pero para los de otras tribus se convierte en un enemigo sediento de sangre; la vida social de los gansos silvestres, que hace muchos años son objeto de su más intensa investigación, ilustra sorprendentes analogías entre animales y personas.

A la pregunta de si la naturaleza puede enseñarnos algo al respecto responde con venturoso optimismo: reconocer humilde y conscientemente que sólo somos una parte de la naturaleza y que estamos sometidos a sus eternas leyes.

A MI MUJER

PREFACIO

Un amigo mío, que había emprendido la tarea, verdaderamente propia de un amigo, de leerse todo este manuscrito con intención crítica, me escribió, cuando llevaba leída más de la mitad, que «ya iba por el segundo capítulo, que lo estaba leyendo con mucho interés, pero al mismo tiempo con un creciente sentimiento de inseguridad, porque no veía exactamente qué relación podía tener con el todo». Y pedía que yo le facilitase la tarea.

Como su crítica estaba sin duda plenamente justificada, hago este prefacio con el fin de poner en claro para el lector desde el principio hacia dónde va la obra y qué relación tiene cada capítulo con el fin general.

Tratase en ella de la *agresión*, o sea del instinto que lleva al hombre como al animal a combatir contra los miembros *de su misma especie*. Me decidió a escribirla la casual combinación de dos circunstancias. Había yo ido a los Estados Unidos, en primer lugar para dar algunas conferencias sobre la teoría comparativa del comportamiento y la fisiología del comportamiento (etología) a psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos y en segundo lugar para comprobar mediante la observación directa en los bancos de coral de la Florida una hipótesis que se me había ocurrido, sobre la base de observaciones en acuario, acerca del comportamiento agresivo o agonístico de ciertos peces y el papel de su coloración en la conservación de la especie. En las clínicas hablé por primera vez con psicoanalistas para quienes no eran las teorías de Freud dogmas inviolables sino, como es propio de cualquier disciplina científica, hipótesis de tra-

bajo. Vistas de este modo me resultaban comprensibles muchas cosas que yo antes rechazara por demasiado audaces en las teorías freudianas. Las discusiones sobre sus teorías de la motivación revelaron inesperada concordancia entre los resultados del psicoanálisis y la fisiología del comportamiento, cosa tanto más importante por la diversidad de enfoque, de métodos y, sobre todo, de base inductiva. Yo esperaba insalvables diferencias de opinión en relación con el concepto de instinto fanático (pulsión de muerte), que según una teoría de Freud consiste en un principio destructor polarmente opuesto a todos los instintos de conservación del individuo. Esta hipótesis, extraña a la biología, es para el etólogo no sólo innecesaria, sino falsa. La agresión, cuyos efectos suelen equipararse a los del instinto de muerte, es un instinto como cualquier otro y, en condiciones naturales igualmente apto para la conservación de la vida y la especie. En el hombre, que ha modificado por sí mismo y con demasiada rapidez sus propias condiciones de vida, el impulso agresivo produce a menudo resultados desastrosos, pero otro tanto hacen otros instintos, aunque de forma menos impresionante. Y cuando me puse a defender esta posición respecto a la teoría del instinto de muerte con mis amigos psicoanalistas me hallé inesperadamente como quien intenta forzar una puerta abierta. En muchos pasajes de la obra freudiana me mostraron cuán poca confianza tenía él mismo en su hipótesis dualista, que le debía resultar, como a buen monista e investigador científico-natural de pensamiento mecanicista, fundamentalmente extraña y repelente.

Poco después, estudiando directamente los peces del coral que viven en aguas calientes, y en los cuales es visible la función preservadora de la agresión, me acometió el deseo de escribir este libro. Y es que la etología conoce tanto la historia natural del instinto de agresión que le es posible declarar las causas de buena parte de sus vicios de funcionamiento en el hombre. Ciertamente, ver las causas de la

enfermedad no es descubrir una buena terapia, pero sí una de las condiciones para descubrirla.

Comprendo que la tarea que he impuesto a mi pluma es excesiva. Es casi imposible decir con palabras cómo funciona un sistema en que cada parte está relacionada con las demás de modo que ejerce una influencia causal sobre ellas. Aunque sólo se trate de explicar el motor de gasolina resulta difícil empezar, porque la persona que recibe la información sólo puede comprender el papel del cigüeñal si sabe lo que son bielas, pistones, válvulas, levas y demás. Si no se pueden entender los elementos de un sistema en su conjunto, no se puede entender ninguno de ellos. Cuanto más compleja es la estructura de un sistema, mayor es la dificultad que se halla para estudiarlo y enseñarlo; y desgraciadamente, la estructura operante de las pautas de comportamiento, instintivas o adquiridas culturalmente, que componen la vida social del hombre parece ser el sistema más complicado del mundo. Para hacer comprensibles las escasas relaciones causales que creo poder descubrir en este enredo de acciones recíprocas es necesario, *velis nolis*, partir de muy lejos.

Por fortuna, los hechos observados son todos interesantes de por sí. Espero que los combates territoriales de los peces del coral, las pulsiones e inhibiciones cuasi morales de los animales que viven en sociedad, la vida social y conyugal desprovista de amor del esparaván o garza nocturna (*Nycticorax nycticorax*), las sangrientas batallas campales del turón (*Rattus norvegicus*) y otras muchas pautas de comportamiento de los animales captarán el interés del lector y lo retendrán hasta que llegue a entender las relaciones más profundas.

Hasta ahí quisiera yo llevarle, dentro de lo posible, siguiendo los mismos caminos que yo recorrí, y eso por razones de principio. Las ciencias naturales inductivas empiezan siempre observando sin ideas preconcebidas los distintos casos, para de ahí pasar a la abstracción de la ley que a to-

dos los rige. La mayoría de los textos toman el otro camino por mor de la brevedad y de la claridad y exponen lo «general» antes de lo «particular». Con eso gana nitidez la presentación pero es menos convincente. Resulta demasiado fácil desarrollar primero una teoría y después sustentarla y reforzarla con ejemplos, ya que la naturaleza es tan variada que, buscando bien, se pueden hallar ejemplos aparentemente convincentes incluso para hipótesis totalmente absurdas. Mi obra sólo sería verdaderamente convincente, empero, si lograra que el lector, basado solamente en los hechos que yo le expusiera, llegara a las mismas conclusiones a que yo he llegado. Mas como no quiero imponerle un camino tan penoso, prefiero darle aquí un resumen del contenido de los capítulos para que le sirva de orientación.

En los dos primeros capítulos empiezo describiendo observaciones muy simples de formas típicas del comportamiento agresivo; en el tercero paso a tratar de su función conservadora de la especie; y en el cuarto digo lo suficiente de la fisiología de la motivación instintiva en general y del impulso agresivo en particular como para hacer comprender la espontaneidad de sus violentas e irresistibles manifestaciones, que se repiten con regularidad rítmica. En el quinto capítulo muestro el proceso de la ritualización y — hasta donde sea necesario para entender después su acción inhibitoria de la agresión— cómo se hace autónomo el impulso instintivo por él recién creado. Fin semejante tiene el sexto capítulo, que es un cuadro general del funcionamiento de los impulsos instintivos. En el séptimo capítulo se dan ejemplos concretos de los mecanismos «inventados» por la evolución para canalizar la agresión por vías no perjudiciales, del papel del ritual en este proceso y de la semejanza que hay entre las pautas de comportamiento así formadas y las que en el hombre se rigen por una moral responsable. En este capítulo se sientan las premisas para el entendimiento del modo de funcionar de cuatro tipos muy diferentes de organización social. El primero es la mul-

titud anónima, libre de toda agresión, pero sin conciencia de la propia personalidad y sin cohesión de los individuos entre ellos. El segundo es la vida familiar y social del esparaván nocturno y de otras aves que anidan en colonias y cuya única base estructural es la defensa del territorio. El tercero es la notable «familia grande» de las ratas, cuyos miembros no se reconocen personalmente sino por el olor tribal, que se comportan admirablemente en lo social entre ellos, pero que atacan con tremendo odio partidista a cualquier miembro de la especie que pertenezca a otra tribu. Finalmente, el cuarto tipo de organización social es aquel en que el lazo de amor y amistad personal es el que impide que los miembros de la sociedad se peleen y perjudiquen. Esta forma de sociedad, de configuración en muchos puntos análoga a la humana, se ilustra con precisión en el caso del ganso silvestre.

Después de lo que queda dicho en estos once capítulos, me creo ya en condiciones de explicar las causas de muchas imperfecciones en el funcionamiento de la agresión humana. En el capítulo doce se da un sermón, «Predicando sobre la humildad», que podría servir de base para la eliminación de ciertos obstáculos internos que impiden a muchos hombres ver en sí mismos una parte del universo y reconocer que su propio comportamiento obedece también a las leyes de la naturaleza. Estos obstáculos se deben en primer lugar a que niegan la causalidad, que les parece oponerse al hecho del libre albedrío, y, en segundo lugar, a la soberbia espiritual del hombre. El capítulo trece tiene la misión de exponer de un modo objetivo la actual situación de la humanidad, a la manera como podría verla un biólogo de Marte, pongamos por caso. Por fin, en el capítulo catorce trato de plantear la adopción de algunas medidas destinadas a contrarrestar las perversiones de la función agresiva, cuyas causas creo haber descubierto.

CAPÍTULO I PRÓLOGO EN EL MAR

*Im weiten Meere musst du anbeginnen!
Da fängt man erst im kleinen an
und freut sich, Kleinste zu verschlingen;
man wächst so nach und nach heran
und bildet sich zu höherem Vollbringen^[1].*

GOETHE

Mi sueño infantil de volar se ha realizado: floto sin pesantez en el medio invisible y me deslizo sin esfuerzo hacia campos iluminados por el sol. Mis movimientos no son los del beocio que se enorgullece de ser hombre y cuya dignidad le obliga a caminar con la panza hacia delante y la cabeza alta; me desplazo a la secular manera de los vertebrados, con la espalda hacia el cielo y la cabeza hacia delante. Si quiero mirar de frente, la incomodidad del cuello me recuerda que en realidad soy morador de otro mundo. Pero raramente quiero hacerlo, y mi vista por lo general se dirige, como es propio de un investigador que vive en la tierra, hacia las cosas que tengo debajo.

«Más abajo da miedo, y el hombre no debe tentar a los dioses y nunca debe desear mirar lo que piadosos envuelven en tinieblas y pavor». Pero cuando no lo hacen, cuando por el contrario permiten a los amigos rayos del sol prestar a animales y plantas los colores de su espectro, el hombre ansía —y así se lo aconsejo a todos avanzar a toda costa, aunque sólo sea una vez en su vida, antes de estar demasiado viejo. Para ello necesita solamente una máscara de bucear, un tubo *snorkel* para respirar en el agua y si acaso,

ya en plan grande, un par de aletas de caucho en los pies... y si no hay un viento favorable que sople hacia el sur, un boleto para el Mediterráneo o el Adriático.

Perezosa, señorialmente moviendo las aletas, me deslizo por parajes encantados. No se trata realmente de bancos de coral, con sus montes y valles animados, rudamente rajados, sino de uno de los llamados cayos o isletas de greda coralina, como hay tantos a lo largo de la costa meridional de la Florida y que son de proporciones más modestas. Por todas partes, en el fondo compuesto por antiguos desmoronamientos coralinos, se advierten los interesantes hemisferios del coral meandrina o los más raros corales de cuerno de ciervo (*Acropora*), tan ramificados, y las ondeantes matas de coral de cuerno o gorgonas de los más diversos géneros, y entre todo ello, una vegetación abigarrada de algas pardas, rojas y doradas que no se pueden hallar en los verdaderos bancos de coral, en pleno océano. A grandes trechos, de anchura humana y altura de mesitas, casi semejando obra de hombres por su forma fea pero regular, se hallan las esponjas *loggerhead* (*Sphaciospongia vesparia*). En ninguna parte se ven superficies calvas de piedra sin vida. Todos los espacios que quedan entre los organismos antes citados están ocupados por una vegetación densa de animáculos musgosos (*briozoos*), pólipos hibroides y esponjas de especies violetas y anaranjadas, que cubren grandes extensiones, y entre tantos colores y tuberosidades y el cascajo del fondo, a veces no sé distinguir los animales de los vegetales.

Mi tranquilo avance me va llevando a aguas cada vez más someras, donde los corales disminuyen, pero en cambio aumentan las plantas. Enormes selvas de un alga muy graciosa, de formas y proporciones harto parecidas a las acacias quitasol (*Penicillium*) africanas, se extienden por debajo de mí y me dan la ilusión de que estoy no apenas a la altura de un hombre por encima del fondo coralífero del Atlántico sino cien veces más alto, volando sobre la sabana

etiópica. Dilatados campos de fucos (*Thalassia*) y otros menores de algas enanas (*Zostera*) desaparecen por debajo de mí, y ahora que ya sólo tengo unos cuantos metros de agua bajo mis pies, una mirada al frente me revela una enorme pared irregular, larga y oscura, que se extiende a derecha e izquierda hasta donde yo alcanzo a ver y llena por completo el espacio entre el claro fondo del mar y la superficie de las aguas.

Es la frontera entre mar y tierra, la costa del cayo *Lignum Vitae*.

El número de peces aumenta bruscamente. Docenas de ellos me pasan veloces entre los pies, y me recuerdan las aerofotografías del África en que los rebaños de animales salvajes huyen en todas direcciones ante la sombra de un aeroplano. En otros puntos, sobre las praderas densas de fucos, los orbes (*Tetraodon*), gordos y cómicos, me recuerdan irresistiblemente las perdices que toman el vuelo en un trigal y, tras de un vuelo más o menos largo, vuelven al ataque. Otros peces, muchos de ellos de increíbles colores, siempre agradables a pesar de lo abigarrado, hacen lo contrario y se hunden en las algas a mi paso. Un grueso puerco-espín (*Chilomycterus schoepfii*) con hermosos cuernecillos de diablo por encima de unos ojos de azul ultramar, está tranquilamente echado y me hace una mueca; yo no le he hecho ningún daño todavía, pero uno de los suyos sí me lo ha hecho a mí. Hace unos días agarré uno de ellos descuidadamente, el americano *spiny boxfish*, y sin más ni más me quitó con su pico de papagayo, formado por dos dientes contrapuestos y afiladísimos, una parte no desdeñable del índice diestro. Me zambullo en dirección del ejemplar antes visto utilizando el procedimiento, ya probado y que ahorra esfuerzo, del pato que bucea en aguas someras, levantado la parte posterior del cuerpo por encima de la superficie, y así me apodero cuidadosamente del interfecto y me lo llevo para arriba. Tras de varios intentos infructuosos de morderme empieza a tomar en serio la situación y se in-

fla, siento claramente en la mano con que lo tengo asido los «golpes de émbolo» de la bombita que tiene este pez en la musculatura de la faringe. Cuando su piel ha llegado al límite de elasticidad y es en mi mano una bola espinosa bien hinchada, lo suelto y me divierto con la prisa que se da para desalojar el agua que se había metido en el cuerpo y desaparecer entre las algas.

Me vuelvo ahora hacia la pared que separa el mar de la tierra. A primera vista podría creerse que es de toba volcánica, por lo fantásticamente destrizado de su superficie y por los muchos agujeros que parecen mirarme como ojos de calavera, sombríos y abismales. Y efectivamente, la roca está compuesta de antiguos esqueletos de coral, restos de los bancos coralígenos de la época preglacial, que se secaron y murieron en la glaciación del Sangamon. Por todas partes pueden verse en la piedra las estructuras de los mismos corales que en la actualidad viven por allí, y entre ellas, las conchas de mariscos y caracoles cuyos congéneres vivos pueblan todavía aquellas aguas. Nos hallarnos aquí sobre dos bancos de coral, viejo el uno y muerto hace miles de años y vivo el otro sobre los despojos del primero, porque los corales, como las civilizaciones, se desarrollan sobre los esqueletos de los predecesores.

Nado hasta la accidentada «costa» y a lo largo de ella hasta hallar un saliente no muy aristado donde poner la diestra para anclarme. Divinamente ligero, agradablemente fresco, pero sin sentir frío, forastero en aquel mundo de maravillas alejado de todas las preocupaciones terrenales, las olas me mecen suavemente; me olvido de todo menos de ver... soy como un globo cautivo animado y encantado.

En torno mío, por todas partes, peces... y en las aguas menos profundas casi sólo pececillos. Se me acercan curiosos desde lejos o desde los escondites donde se habían metido a mi llegada, huyen de sopetón otra vez, como por ejemplo cuando «carraspeo» en el *snorkel* y hago salir el agua que se le había introducido o se había formado por

condensación. Pero en cuanto vuelvo a respirar tranquilamente, despacito, se me acercan de nuevo, y suben y bajan a una conmigo, con el gentil oleaje. Recuerdo la cita clásica: «¿Volvéis ahora, formas oscilantes, que ya una vez mis turbios ojos vieron? Si otra vez intento reteneros, todavía siento mi corazón presa de la antigua locura». Y fue precisamente con los peces como, con la vista empañada, descubrí ciertas leyes del comportamiento animal, y sin darme cuenta lo más mínimo de ello, mas desde entonces siento en mi corazón la locura de llegar en vida a ese conocimiento. Aprender la multiplicidad de las formas es el afán interminable del zoólogo como del artista.

La multiplicidad de las formas que me rodean —algunas tan cercanas que mis ojos de viejo no pueden verlas bien— parece al principio abrumadora. Pero al cabo de un rato, las caras se van haciendo más familiares y mi capacidad de percibir las formas, una de las más maravillosas facultades humanas, empieza a discernir en el cúmulo de criaturas. Y de pronto veo que no son tantas especies como parecían, aunque sigan siendo bastantes. Inmediatamente se distinguen dos categorías de peces: los que llegan nadando en bancos, sea desde altamar, sea a lo largo de la pared rocosa y los que, pasado el pánico que ocasiona mi presencia, vuelven a asomarse cauta y lentamente desde un agujero o cualquier otro escondite... y siempre *solos*. Estos ya los conozco y sé que días o semanas más tarde todavía se les podrá encontrar en la misma morada. Durante mi estancia en Cayo Largo visité regularmente cada dos días a un hermoso *Chaetodon ocellatus* que vivía bajo un malecón volcado por el huracán Donna, y siempre lo hallé en su casa.

Entre los bancos de peces que van y vienen se hallan a millones los pequeños y plateados *Atherinidae*, varias clases de sardinas que viven cerca del litoral y sus terribles cazadores los *Belonidae*, ligeros como flechas; hay también a *miles* en torno a los desembarcaderos, muelles y arrecifes bruscos *Lutjanidae*, verdigrises, y entre otros muchos los

bonitos *Haemulon*, rayados de azul y amarillo y que los norteamericanos llaman *grunts* porque emiten una especie de gruñido cuando los sacan del agua. Particularmente abundantes y hermosos son de estos los *grunts* de rayas azules (*Haemulon sciurus*), los de rayas blancas (*Haemulon plumieri*) y los de rayas amarillas (*Haemulon flavolineatum*), nombres no muy acertados, ya que los tres tienen azul y amarillo, pero con distinto dibujo. Según mis observaciones, todos tres suelen nadar también en bancos mixtos. El nombre alemán de estos peces (*Purpurmiuler*) se debe a la notable coloración rojo púrpura de su mucosa bucal, únicamente visible cuando el pez amenaza con la boca bien abierta a un congénere, que le responde en el mismo tono. Pero ni en el mar ni en un acuario he visto jamás que estas imponentes amenazas acabaran por un combate en serio.

Lo mejor de estos y otros vistosos *grunts*, así como de muchos *snappers* (*Lutjanidae*) que suelen nadar con ellos es la intrépida curiosidad con que acompañan al buceador y su *snorkel*. Es probable que del mismo modo sigan a grandes peces inofensivos, y al legendario manatí o vaca marina, hoy por desgracia casi extinguido, con la esperanza de apoderarse de pececillos y otras pequeñas criaturas que haya sacado espantadas de sus escondrijos el animal mayor. La primera vez que fui nadando desde mi base, el muelle del motel Key Haven, en Tavernier hacia Cayo Largo, me sorprendió hondamente la enorme multitud de *grunts* y *snappers* que me rodeaba, tan apretadamente que me impedían ver, y que era igual de densa doquiera que yo nadara. Poco a poco fui comprendiendo que siempre eran *los mismos*, que me escoltaban... y que no dejaban de ser unos millares, según un cálculo conservador. Si nadaba yo paralelamente a la costa hasta el siguiente muelle, situado a unos 700 metros, el tropel me seguía la mitad del camino, más o menos, y súbitamente se volvían y arrancaban para su casa a la mayor velocidad que les era posible. Cuando los peces que moraban bajo el otro desembarcadero ob-

servaban mi llegada, sucedía algo sorprendente: de las tinieblas que había bajo la pasarela salía un monstruo de varios metros de ancho y casi otro tanto de alto, así como unas cuantas veces esa cantidad de largo, que proyectaba una negrísima sombra sobre el fondo soleado, y se abalanzaba hacia mí. Cuando ya lo tenía cerca resultó ser una multitud de amistosas bocas purpúreas. La primera vez que me sucedió esto me llevé un susto mortal. Posteriormente, los mismos peces han provocado en mí un sentimiento opuesto: y es que mientras lo acompañan a uno se puede estar bien seguro de que no hay ninguna barracuda grande por las inmediaciones.

Muy diferentes son los audaces piratuelos *Belonidae* llamados pez aguja y lucio cornudo, que cazan en pequeñas unidades de cinco o seis inmediatamente debajo de la superficie. Flacos como flagelos, apenas son visibles desde donde yo estoy, porque sus flancos argénteos reflejan la luz exactamente del mismo modo que la superficie inferior del espacio aéreo, más familiar a nosotros los humanos en su otra cara de Jano, es decir, como superficie de las aguas. Pero vistos desde arriba tienen un brillo verdiazul, precisamente como esta, y casi son más difíciles de discernir que desde abajo. En formación de flanco muy abierta recorren las capas superiores de las aguas y dan caza a los pequeños *silversides* (*Atherinidae*) que pueblan las aguas por millones y millones, tupidos como copos de nieve en la cellisca y centelleantes como lama de plata. Estos enanos no me temían a mí, porque los peces tan pequeños no son presa interesante para los de mi tamaño. A veces nado por entre ellos y se apartan tan poco sus escuadrones que con frecuencia contengo el aliento involuntariamente para no aspirarlos por el tubo, como si lo que estoy atravesando fuera una nube de mosquitos. El hecho de estar respirando por el *snorkel* en otro medio no inhibe lo más mínimo este reflejo. Pero cuando se acerca el menor lucio cornudo, los pececillos de plata desaparecen al punto en todas direccio-